

EL CRISTIANISMO EN LA ENCRUCIJADA CIENTIFICA Y SOCIOPOLITICA

Francisco José De Roux R.

I

PUEDE EL CRISTIANISMO OFRECER ALGO A LA SERIEDAD AUTONOMA DE LA TAREA HUMANA?

Muchas interpretaciones pueden darse al significado del cristianismo. A Jesucristo, muerto y resucitado, se lo ha vivido desde experiencias muy distintas:

Estas páginas son una manera posible de ver y de vivir las cosas. Hay muchas otras maneras. Cuando nos ponemos de camino hacia un experimentar y entender el mundo de una manera científica y sociopolítica la existencia cristiana llega a sufrir transformaciones profundas pero creemos que sigue siendo cristiana.

Hemos renunciado a hacer nuestra "historia-cristiana", nuestro "mundo distinto" de todo otro mundo porque posee una ideología o una filosofía peculiar. Para nosotros no hay historia cristiana ni mundo cristiano. Hay simplemente una historia que no hicimos ni hacemos sólo nosotros y un mundo del que somos parte independientemente de nuestro ser cristianos.

Allí está el mundo, (físico y cultural) estructurado, coherente dentro de sus límites de indeterminación e incoherencia, constituido formalmente por un conjunto de variables tal que cada variable es

explicada por las demás y entra a su vez en la explicación de las otras. En esa estructura total no hay un lugar para la variable "cristianismo". No hace falta. El cristianismo no puede ser definido como una variable del sistema.

No hay una sociología cristiana como no hay tampoco una filosofía cristiana. El cristianismo no constituye una sociedad como no constituye una región original del ente, (por lo mismo no tiene sentido hablar de una democracia cristiana, de una universidad católica o de una doctrina social católica).

M. de Certau lo ha expresado bellamente: "la irrupción de Jesús no funda un nuevo lugar... Jesús introduce el **no-lugar** de una diferencia dentro de un sistema de lugares".

Cuando nos abrimos sin prejuicios a todos los lugares del hombre, de la ciencia, de la historia, comprendemos que el cristianismo supone un mundo no lo inventa. En el contraste bien marcado entre la peculiaridad objetiva del mundo, con sus tareas y responsabilidades concretas, y la realidad inobjetable de la experiencia cristiana, comprendemos que nosotros, en cuanto cristianos, no aportamos nada al conjunto que se nos impone objetivamente. Comprendemos que es imposible constituir una "cosa cristiana", articular una estructura cristiana, levantar una bandera cristiana.

Utilizando una expresión sociopolítica hay que decir que no podemos ya luchar por una causa cristiana. El cristianismo no da pié para constituirse en causa. Más aún, en medio de un conjunto incommensurable de causas que se entreveran, se apoyan, se refuerzan o se oponen, el cristianismo descubre su imposibilidad intrínseca de ser causa: se presenta hoy como una no-causa en medio de un sistema objetivo y estructurado de causas, de motivos, de razones de vivir y de luchar que comprometen las responsabilidades de los hombres.

La existencia cristiana, si algo cabe decir de ella "objetivamente", conlleva precisamente una experiencia de muerte a sí mismo para permitir la afirmación del otro. Abre un espacio, ofrece un vacío, una no afirmación, para que toda realidad y toda dimensión del ser pueda afirmarse. Radicalmente, desconcertantemente, el cristianismo estatuye la muerte a nosotros mismos, a todo proyecto subjetivo nuestro. El cristianismo se presenta como una dinámica envolvente que se apodera del hombre para desaparecer con el hombre en el acto de desposeerse de sí mismo, de abrir un espacio ilimitado, de crear un lu-

gar para que el otro sea plenamente, para que el otro se sienta plenamente en lo suyo, para que el otro se afirme. Esta capacidad de hacer lugar, de evacuar lo propio, permite una radical apertura al mundo y a la historia. Por eso no hay más tareas para un cristiano que las tareas simples y serias de cualquier hombre. Por eso no existen tareas cristianas para ningún cristiano.

La negación, intrínseca al cristianismo, de toda tarea cristiana debería llevar, a quien vive la existencia cristiana, a incorporarse decididamente, responsablemente, a las tareas y las luchas de la única historia humana. Tal es el destino de quienes mueren a sí mismos para que se vivan en ellos y por ellos las vidas de los demás; de quienes renuncian a todo proyecto propio para que se realicen los proyectos de todos los hombres haciéndose radicalmente solidarios y partícipes del destino de los demás. De quienes no poseen otro sentido que el que descubren al dar lugar al sentido del otro y mueren a sí mismos para crear un vacío de sí mismos susceptible de ser llenado por los otros. De quienes creen que el otro, recibido y aceptado en la muerte a sí mismos, es portador de la vida, de una vida nueva; y descubren así que renacen a un mundo donde uno es vivificado por los demás y además los vivifica; y donde la estructura objetiva, austera y dura de las responsabilidades cotidianas —aceptadas en su crudeza, en su desafío, en su soledad— se transforma en una fiesta de hermanos.

Sí, la contrapartida de la negación de toda historia cristiana es la entrega a los demás, al mundo, a la historia, a las tareas cotidianas de la ciencia, de la política, de la economía, de la sociedad. Allí viviremos aportando el interés de no hacer absoluto nada de la historia; con la libertad que nos da el habernos desposeído de todo programa propio, con la dedicación y la responsabilidad que nos crea el compromiso con los demás, con la objetividad de sus intereses, de su lucha, de su causa; por los cuales hemos depuesto todo lo nuestro; como una invitación viva a que el hombre, cada hombre, sea cada día más él mismo. Como una llamada modesta a que toda tarea se lleve honestamente y a que se sea consistente en todo camino emprendido hacia adelante. Como una crítica a toda actividad que tienda a desesperar, a detenerse en el progreso, a suspender la historia. Como una protesta viva contra todo lo que destruya al hombre, porque se renuncia a toda causa propia precisamente para dar la vida por la causa de los demás. En fin, como una cotidiana y natural in-

vitación al optimismo sobre la historia humana que se descubre en la posibilidad del amor.

Nos interesa vivir el mundo. Y en la encrucijada que hoy afronta la ciencia queremos estar presentes. El cristianismo no aporta ninguna solución pero nos parece que lleva a una actitud frente a la historia que hace posible ciertos logros, que relleva ciertas alternativas en una situación coyuntural. Sin que a su vez pueda el cristianismo identificarse con —o apropiarse— los resultados que su actitud o su "vacío" hizo posibles.

Nuestro interés es mostrar cómo la peculiaridad cristiana puede servir de fermento para vivificar el esfuerzo de la ciencia amenazado por claudicar ante la conciencia cada día más clara de los límites del hombre. Y a su vez insinuar por qué el cristianismo invita a vivir las actuales responsabilidades con una actitud optimista.

El primer punto nos llevará a trabajar el significado histórico de la experiencia cristiana, su encarnado compromiso con los hechos, manifestado brutal, y señeramente en la vida histórica y en la muerte histórica de Jesús. El segundo punto nos llevará a explicitar el significado histórico de la experiencia cristiana desde la perspectiva de la fé en la realidad que nosotros expresamos con el símbolo del "resucitado de entre los muertos".

II

EL MITO Y EL PESIMISMO COBRAN FUERZA EN LA ACTUAL COYUNTURA

Si sobre los presupuestos anteriores nos acercamos ahora a la problemática científica y sociopolítica, nos encontramos con que el ámbito general de las ciencias y en el horizonte más específico de las ciencias-sociales, la década de los años setenta se inició con una actitud de escepticismo y pesimismo.

Una manifestación de esta situación es el hecho de que muchos científicos hayan tornado su interés al mito en su desespero de la búsqueda investigativa. Hay un hecho valioso en este retorno al mito; significa la aceptación, por el consenso de grandes inteligencias, de que las profundidades de la realidad superan las posibilidades de la ciencia. Sin embargo hay un peligro en este hecho, el peligro

de abandonar al hombre en el sin sentido: el mito, como método de explicar el sentido del hombre y su mundo, supera las estrechas limitaciones de la elaboración formal en forma análoga a como la existencia atemática trasborda las sistematizaciones temáticas que tratan de expresarla: en esto reside la grandeza del mito. Pero el mito, por su propia naturaleza, escapa al control riguroso de lo verificable, cae fácilmente en ilusiones fantásticas y abandona al hombre a temores, entusiasmos y fanatismos dogmáticos: tal es la debilidad del mito.

Una segunda manifestación de la actual situación es el pesimismo de los científicos sociales frente a gigantescos problemas, cuyo diario crecimiento oscurece el futuro de la humanidad. Los modelos mundiales de crecimiento económico señalan la posibilidad de un colapso de la sociedad industrial. A pesar de que el peligro se presenta inminente, el mundo no parece reaccionar a la amenaza y siguen creciendo las fuerzas destructoras que avecinan el caos: contaminación ambiental, explotación de los países pobres por los países ricos, explosión demográfica, desnutrición, disminución de los recursos naturales no renovables, amenaza de las corporaciones internacionales, desigualdad de oportunidades en el ámbito nacional e internacional...

III

LAS CIENCIAS EXACTAS EN LA ENCRUCIJADA

El triunfalismo de las ciencias dominó durante muchos años. Acabamos de vivir tiempos en los que el hombre se sintió capaz de todo, en pocas décadas los logros obtenidos eran inmensos: los científicos habían dado a luz un nuevo mundo de transistores y aparatos electrónicos diminutos, antibióticos y trasplantes de órganos, computadoras y viajes al espacio; muchos vieron entonces la necesidad de eliminar a Dios para asegurar la responsabilidad del hombre sobre el mundo.

Pero en los últimos años se insinuaba un movimiento contrario. En parte el cambio se debió a la conciencia creciente de los enormes costos sociales que acompañaban al cambio tecnológico. A un nivel más profundo se suscitó la duda y el escepticismo sobre los métodos

cuantificables y "objetivos" de la ciencia. Por una parte había que culpar a la ciencia de la bomba de Hiroshima, de la destrucción de los bosques de Vietnam y la Indochina por los productos químicos, de la mecanización del hombre. Por otra parte el lenguaje científico se convertía día tras día en una palabrería incomprensible y distante. La revista Time lo hacía notar así:

"Alrededor de 25.000 libros y un millón de artículos científicos se publican cada año. La mayor parte de ellos se escriben en una jerga tan abstrusa y en un lenguaje matemático tan abstracto que son incomprensibles, excepto para los especialistas. Ni siquiera los sistemas de computadores, son capaces de recoger toda la información que se les está entregando y mucho menos alcanzan a transmitirla en un lenguaje inteligible" (Time abril 23, 1973).

La crítica cargó duro contra las pretensiones científicas: se sostuvo que su alegada objetividad y sus consecuencias sociales desnaturalizaban la experiencia humana destruyendo lo sagrado y lo misterioso de nuestra vida. Sus pretensiosas medidas de lo cualitativo mostraban una relación tan pequeña con el mundo real como la existen entre los números telefónicos y sus suscriptores.

Su enrarecido lenguaje era realmente una simple metáfora para tematizar un campo limitado de la experiencia: uno de sus más perniciosos falseamientos —se comprendió entonces— era la convicción de que el método científico se presentaba como el único camino digno de confianza para llegar a la verdad.

Así comenzó a tomar fuerza una nueva manera de afrontar las cosas que se expresaba en posiciones como: cada día vemos más claro que la "racionalidad" debe incluir por así decirlo a la "irracionalidad". Es posible que existan en el mundo cosas carentes de causa. Solo los torpes pueden esperar hoy que nuestra ciencia avance en una explicación lineal de la realidad sin caer en la cuenta de que posiblemente ésta ha de incorporar de nuevo muchos aspectos de lo mítico totalmente extraños a sus marcos de referencia. Grandes pensadores y nombres de ciencia han levantado esta crítica: Carl Friedrich von Weizacker, Martin Gardner, Immanuel Velikovsky, Everett Mendelsohn, Gunther Stent, David Finkelstein, Thomas Kunn, Theodore Roszak, Richard H. Bube... La consecuencia que de sus planteamientos se sigue es que la ciencia moderna debería despertar en todos

un sentimiento de humildad frente a la inmensidad de lo que falta por explorar y una abierta tolerancia hacia hipótesis que a primera vista parecen irracionales o ingenuas.

Pero, y es lo que queremos enfatizar, se ha seguido también la decepción y es así como ha empezado a emerger, aún dentro de los laboratorios, una fascinación nueva por lo que se consideró tradicionalmente como la antítesis de la ciencia: lo mítico y lo irracional. En palabras del biólogo e historiador Harvard Everett I. Mendelsohn: "La ciencia, tal como la conocemos, ha sobrevivido a su utilidad".

IV

LAS CIENCIAS SOCIALES EN LA ENCRUCIJADA

En el campo específico de las ciencias sociales daba la impresión de que los nuevos logros garantizaban un avance permanente hacia el progreso, el bienestar y la igualdad. Keynes había dado las pautas para evitar y superar las grandes depresiones económicas. Rigurosos modelos de desarrollo trazaban los derroteros de un crecimiento económico autosostenido: R. F. Harrod, J. Duesenberry, Domar, Rannis-Fey, Nurkse, Rostow, Hirschman, Lewis... En las economías socialistas las tablas de "Insumo-producto" de Leontif y los trabajos de Lange operacionalizaban y demostraban las posibilidades de los sistemas de planificación central y propiedad estatal. Tanto en las economías de mercado como en las centralizadas había motivos para estar optimistas: se había proyectado, se había realizado, se habían verificado resultados. El hombre tenía en sus manos las riendas del progreso. Si se contaba con tiempo y capital suficientes la humanidad tenía asegurado un nivel óptimo de bienestar.

Pero surgieron problemas inesperados, la década del desarrollo, como se llamó al período 1960-1970, fue un fracaso: lejos de aminorar las distancias entre los países ricos y los países pobres las acrecentó. Alguien dijo irónicamente que sí se había logrado desarrollo: el desarrollo del subdesarrollo. La paz del mundo se vió amenazada y vulnerada sin descanso, Vietnam y toda la Indochina fueron un campo de batalla donde los intereses de las grandes potencias eran el mar de fondo de una lucha en que se mataban compatriotas hambrientos; la humanidad asignaba cada año un presupuesto más grande a las armas; los estantes de las grandes bibliotecas se engrosaban

con extraños renglones como: "economía de guerra", "sociología de guerra", "psicología de guerra"; el mundo perdía la fé en las Naciones Unidas, el único mecanismo de control que parecía poder afrontar las crisis; y el conflicto árabe-israelí saltaba los límites del Medio Oriente para convertirse en campo de batalla los escenarios deportivos, las embajadas, los aeropuertos; cualquier avión podía ser portador de una bomba, cualquier sobre del correo podía llevar escondida una diminuta mina mortífera. Y entrada la década de los años setenta Watergate ponía una sospecha enorme sobre los "artífices" de la paz mundial y la intervención norteamericana en Chile dejaba en claro que las intromisiones y los abusos imperialistas seguían en todo su vigor.

Desde hacía mucho tiempo los hombres tenían conciencia de los limitados recursos del Planeta. Los viajes a la Luna trajeron una ola de optimismo. Los tres mil quinientos millones de "pasajeros" que avanzaban por el espacio en la nave de La Tierra tendrían posiblemente una despensa natural en su satélite y en el resto de los planetas del sistema solar. Pero los resultados de los viajes aminoraron ese optimismo. Mariano Grondona analizaba así, el año pasado, lo que fue el debilitamiento del mito del espacio:

"La última misión tripulada de la serie Apolo, al terminar el año 1972, marcó en cierto modo el fin de este entusiasmo. Ahora, al descubrir la desolación de los planetas circundantes en el plano espacial y al advertir la limitación de los recursos amenazados por un desarrollo vertiginoso en el plano terrestre, los hombres parecen tentados por el pesimismo. 'Una sola Tierra': la frase quiere decir, también, que a través de 16 años de osados viajes al espacio, el hombre redescubre su radical soledad en el universo y vuelve a mirar su pequeño planeta azul con nuevos ojos: con los ojos del hijo pródigo" (Visión, enero 13, de 1973).

El pesimismo cobró fuerza y alcanzó expresión y sustentación científica en el libro "The limite to growth", elaborado por un grupo de investigadores, dirigidos por el profesor Dennis L. Meadows, del Instituto Tecnológico de Masachusetts; trabajo que corresponde a la primera fase del proyecto sobre Predicamentos de la Humanidad del ya famoso "Club de Roma". El libro apareció en enero de 1972.

Un enorme debate ha surgido en torno al modelo mundial planteado por el Dr. Meadow. Como es bien sabido, el modelo emplea 69 variables siendo las variables de control: la contaminación ambiental, la disminución de los recursos no renovables, el crecimiento industrial, el crecimiento demográfico y la producción de alimentos. Las conclusiones del estudio son serias: si las variables de control mantienen las actuales tendencias de crecimiento, en la primera mitad del siglo siguiente se tendrá un colapso mundial, este planeta alcanzará los límites de su crecimiento; el resultado más probable será la disminución acelerada de los alimentos per cápita, un máximo de contaminación ambiental, un descenso incontrolado de la población y de la capacidad industrial, y, juntamente con todo eso, una escasez generalizada de los recursos naturales no renovables.

Pero el experimento de Meadow muestra también que es posible alterar las tendencias actuales y evitar el colapso. Se podría así llevar al mundo a un estado de equilibrio global caracterizado por una situación donde cada habitante de la Tierra podría satisfacer sus necesidades básicas y tener la oportunidad de realizar sus capacidades humanas personales. Tal cosa es posible a base de cambios profundos y rápidos como: dirigir las preferencias económicas de la sociedad hacia los bienes culturales, la educación y la salud de manera que se disminuya la producción industrial de bienes materiales, fuente de polución; dar una alta prioridad a la producción de alimentos para toda la población, dirigiendo el capital a combatir la desnutrición, aunque se lo considere poco rentable; incrementar el promedio de vida del capital industrial para disminuir el stock de capital y la contaminación del ambiente y asignar más recursos al bienestar humano; controlar fuertemente el crecimiento demográfico; reducir a una cuarta parte el consumo actual de recursos naturales no renovables; redistribuir a nivel nacional e internacional los ingresos y las riquezas...

El pesimismo cunde cuando se sabe que el tiempo es corto, los cambios deben ser rápidos y radicales y la humanidad no parece estar interesada en llevarlos a cabo. Si se quiere respetar la libertad de los pueblos y de las personas solo queda apelar a la sabiduría y a los valores morales de los hombres, pero hoy estos valores están en crisis, y a la paradójica resistencia del hombre al valor se aúna la presión del capitalismo internacional de la sociedad de consumo que oscurece y perturba a las personas y a las comunidades.

Es conocida la reacción de los países del Tercer Mundo al modelo de Meadow que ha sido considerado propio de los intereses de las naciones desarrolladas. Reacción sin embargo que lejos de auyentar el pesimismo lo acrecienta. Los miembros latinoamericanos del "Club de Roma" han atacado a Meadow insistiendo en que si se desagrega el modelo, separando los países desarrollados de los subdesarrollados, es posible mostrar que la catástrofe ecológica se producirá por el exceso de consumo de los desarrollados y no por el aumento de población de los subdesarrollados; además han subrayado que "congelar" el crecimiento económico del mundo significaría que los países ricos, que hoy en día con el 25% de la población mundial consumen del 80% al 90% de los recursos totales del planeta, podrían seguir gozando de sus niveles de bienestar actual, mientras que el 75% restante de la población del mundo, en el supuesto de que logre detener su natalidad, deberá continuar en la miseria, para evitar que los males que siempre ha padecido: contaminación, acinamiento, hambre, alcancen también a las minorías privilegiadas, de Europa y USA. Y el grupo latinoamericano (Amilcar Herrera, Ernesto Sábato, Víctor L. Urquidi, Helio Jaguaribe, Jorge Sábato), ha propuesto un modelo alternativo que tiene como supuesto fundamental el que los factores que impiden a gran parte de la humanidad el acceso a los bienes de nuestra civilización son de orden sociopolítico. El pesimismo surge entonces al plantear el problema ya no en términos económicos sino políticos y sociales: el caos puede sobrevenir mucho antes de lo proyectado por los técnicos del M.I.T. de seguir aumentando las distancias entre ricos y pobres. Una orda incontenible de hambre y de insatisfacción es probable que emerja del Tercer Mundo para precipitarse desesperadamente sobre los depósitos de riquezas, traídos de todo el planeta, y que han concentrado en sus manos los pueblos del Norte. Esto puede acontecer antes del fin de este siglo.

V

LA "DIFERENCIA" CRISTIANA EN LA ENCRUCIJADA

El rápido recorrido que acabamos de hacer sobre una gama de problemas científicos, económicos y sociales tal como se plantean en este momento, tiene un interés ilustrativo: mostrar por qué el hombre de hoy siente la tentación de abandonarse incontroladamente al mito

y al derrotismo. La situación actual del mundo y de la ciencia lo han hecho humilde. Vuelve a reírse de sus torres de Babel, se burla de sus sueños de super hombre, desconfía del "creador de sí mismo" que le garantizó una filosofía optimista, comprende mejor su propia dimensión: hay un valor muy grande en esta aceptación sincera y honesta de los límites del hombre. Pero no está bien que el hombre se sienta derrotado, que la captación de sus límites en el campo científico lo lleve a entregarse ingenuamente a la fantasía, que la percepción de los poderes amigiladores subyacentes en los sistemas sociopolíticos que ha creado, lo lleve a desesperar del futuro de la humanidad.

Es aquí donde la experiencia cristiana introduce una distancia, una diferencia, una actitud, una llamada a la responsabilidad. Sin poder adueñarse, de ningún resultado, sin ser en ninguna forma la variable "exógena" que llegue desde fuera a aportar la solución a las variables endógenas de una ciencia que se queda sin respuestas y a un mundo que teme estar en un callejón sin salida. Y sin embargo el cristianismo, negándose a sí mismo como posibilidad histórica para permitir la afirmación del hombre, parece aportar al hombre fuerzas nuevas para descubrir las propias posibilidades del hombre. Respalado por una suficiente ciencia histórica el cristianismo nos habla de la existencia de un hombre: Jesús de Nazareth, que murió crucificado en Jerusalén durante el imperio de Tiberio, siendo Poncio Pilatos tetrarca de Palestina. El testimonio de los hombres que conocieron a Jesús ha quedado escrito. Los testigos escribieron en la fe y en la situación de una comunidad que creyó que el mismo Jesús, con quien ellos habían vivido y a quien habían visto morir en una cruz, había superado la muerte.

Para entender el significado de Jesús se impone una doble tarea: en primer lugar, hay que tratar de llegar, desde los Evangelios, que son un testimonio de la fe de una comunidad, al Jesús histórico tal como lo experimentaron sus compañeros hasta la crucifixión; en segundo lugar, hay que tratar de entender el sentido de la resurrección y la manera como bajo la fe de la resurrección se reestructura el significado de la vida de Jesús. En el primero de estos dos puntos el mensaje cristiano ofrece una perspectiva que, si bien se sitúa a un nivel diferente del de la ciencia, señala una dirección de sentido radicalmente histórico y profundamente humano que contrasta con la ambi-

güedad y la oscuridad del mito; en el segundo, fundamenta el verdadero optimismo de la humanidad y libera al hombre de todo derrotismo.

EL SIGNIFICADO DEL JESUS HISTORICO

En la medida en que es posible abrirse paso a través de los géneros literarios de testimonio del Nuevo Testamento, podemos acercarnos al hombre Jesús:

Un judío, conocedor de las escrituras como los maestros rabinos de su tiempo; laico, no pertenecía a las sectas sacerdotales; hombre del pueblo, no tenía parte en los grupos dirigentes; de clase social pobre, natural de la provincia, llegaba como migrante a la capital. Pocos años antes de su muerte se dio a conocer. Hablaba un lenguaje radicalmente religioso, no era un político ni un revolucionario social. Personalidad atrayente dejó un impacto profundo en aquellos con quienes intimaba y a quienes dirigía su palabra. Debía tener el don de gentes y el magnetismo de un líder porque logró reunir a un puñado de hombres y a algunas mujeres, que lo seguían por la atracción de lo extraordinario que en él veían más que por comprender qué era exactamente lo que sus palabras y su vida significaban. Sus seguidores debieron impresionarse de la fe de Jesús: era un creyente profundo, hacía largas horas de oración, creía cosas que hasta entonces nadie se había atrevido a creer y las tomaba tan en serio que su vida coincidía desconcertadamente con su fe. Llamó a Dios "papá", Abba, y con ese término solía interpelarlo en su relación familiar; aseguró que los hombres éramos todos hijos de un mismo Padre, que de allí surgía nuestra igualdad fundamental y nuestra dignidad. Tuvo la pretensión de oponerse a la ley judía al mismo tiempo que afirmaba la validez de esa Ley: sostuvo que la Ley era para el hombre y no el hombre para la Ley; cuando se oponía a los mandatos tradicionales lo hacía con autoridad y decisión: "Sabéis que se dijo a los antiguos... pues yo os digo..." Dejó entre sus amigos y seguidores el convencimiento de que lo más importante que debía hacer el hombre era amar a los demás, afirmó que el amor a Dios y el amor al hombre eran dos dimensiones inseparables de un solo valor fundamental. Fue intransigente en la radicalidad del amor: amor a los familiares, a los hermanos, a los amigos, a los desconocidos, a los necesitados, a los pobres, a los enemigos. Exigió que ese amor se expresara en obras: perdonar al que ofende, bendecir al que maldice, orar por el enemigo, devolver bien por mal, no juzgar, dar de comer al que tiene

hambre, dar de beber al que tiene sed, dar posada al peregrino, luchar por la justicia, trabajar por la paz...

Lo importante en él no eran las palabras sino la obra de su vida. Sus palabras son solo clarificación del sentido de su vida, solo tenemos palabras de una comunidad que habla de "cosas dichas por Jesús...". Todo en él estaba dirigido a revelar un mensaje: a entregar la vida del "Padre". Pero en lo que cuentan los primeros discípulos es claro que no lo hizo hablando mucho sobre El, ni elaborando una doctrina metódica y sistemática sobre Dios, sino encarnándolo en sí mismo, haciéndolo transparente a través de su vida, llevando ese ser expresión del "Padre" hasta sus últimas consecuencias, hasta la muerte por amor a muchos. La validez reveladora de su lenguaje tomaba su fuerza de los hechos, de la vida que ilustraba. Esta primacía de la vida, de la acción y de la historia como vehículos de la revelación sobre las meras palabras, sentó de una vez por todas que el cristianismo no sería una teoría, ni una nueva ciencia (en el sentido moderno de ciencia: posibilidad verificada, opinión científica más aceptada), ni una ideología, ni que era posible reducir su densidad histórica a una hermosa fábula mitológica.

En realidad Jesús tenía la extraña conciencia de que con él comenzaba algo totalmente nuevo para su pueblo y para el mundo: proclamó que había llegado el "reino de Dios" e invitó a entrar en ese "reino". Nunca hizo una explicación sistemática sobre el significado de ese misterioso "reino", pero la identificación profunda de su vida y su mensaje y la perspectiva bíblica sobre la cual levantaba la clarificación de su propia existencia, dejaron en sus discípulos la idea de que se trataba de un mundo construido en el amor de los hijos del "Padre", en la justicia *, en la verdad, en la misericordia, en la paz.

Paradójicamente Jesús terminó condenado a muerte. Viendo los acontecimientos desde la historia crasa no queda claro por qué lo mataron. En realidad el significado de su vida no era del todo comprensible. Para comprenderlo hacía falta creer, confiar en un hombre que después de todo no poseía ninguna "prueba" que asegurara "objetivamente" que era más que un hombre: Jesús pedía fe en él, pero su novedad aparecía utópica, desconcertante, terriblemente exi-

* "Justicia": la recta situación ante Dios como síntesis de la auténtica conducta religioso-moral querida por Dios (no significa primordialmente la actitud de espíritu consistente en la voluntad de dar a cada uno lo suyo, esto se sigue como una consecuencia). Tal parece el sentido del N.T. y del A.T.

gente, contestataria frente a la religión oficial y susceptible de ser señalada de subversiva en la estructura político-sacerdotal de su pueblo. Sus seguidores cayeron en el escepticismo y contemplaron desilusionados su fracaso.

Tal es el crudo y dramático realismo de la vida de Jesús. Historia a secas. Ajena a lo fantástico. Nada apologética. Nada triunfalista. En la que se podría **ver más** si se quería creer, pero donde no había evidencia que exigiera la fe. Esta historia destruye todo mito. El cristianismo todo cuelga de esta historia.

Y este afán realista, histórico, del cristianismo es una llamada al hombre a abrazar la historia, es una motivación para no claudicar ante la búsqueda de la verdad, una invitación a la ciencia para que sin dejar de ser humilde no se abandone al derrotismo.

EL SIGNIFICADO DE LA "RESURRECCION"

Si la actitud cristiana funda su compromiso con el mundo en la historia real de un individuo y es desde esa historia invitación a afrontar seriamente toda historia, la misma actitud tiene un componente-radical de optimismo en lo que los cristianos llamamos "resurrección".

Pocos días después de la muerte en cruz algunos discípulos comienzan a testimoniar que el mismo Jesús que murió y fue sepultado está vivo. Nadie puede explicar exactamente en qué consiste esa vida —la perplejidad ante el misterio marca el estilo literario, la fábula, de las narraciones de las "apariciones"— pero los testigos manifiestan que se trata de una experiencia objetiva que se les impone como un hecho, una objetividad que trasciende por lo mismo las elaboraciones subjetivas pero que no dispensa del riesgo de la fe.

La resurrección es la garantía de que tiene pleno sentido llevar el amor y el servicio a los demás hasta lo último, como lo había hecho Jesús.

Sin caer en un reduccionismo que simplificara la complejidad enorme del significado de la resurrección, quisiéramos enfatizar el mensaje de optimismo y de responsabilidad por el futuro del mundo que de ella se siguen, puesto que nuestro propósito es presentar lo que

ofrece la actitud cristiana a un hombre que parece cansado y desesperanzado de la lucha por el porvenir.

Las fórmulas primitivas de la predicación cristiana dicen: a) Al Jesús crucificado Dios lo resucitó de entre los muertos. b) Nosotros somos testigos de ello. c) En esto se basan el futuro de la justicia para los pecadores, el futuro de la vida para los sometidos a la muerte y por ende el optimismo radical de los testigos sobre la historia humana.

Este mensaje de optimismo nos introduce en una historia definida desde el **eschaton** prometido en el "reino", encarnado y anunciado por Jesús, y **garantizado** en el momento en que el "Padre", Dios de la promesa, ha resucitado a Jesús. El Dios de la promesa, al resucitar a Jesús de entre los muertos, nos ha dado la máxima garantía de su fidelidad. Esperamos el mundo prometido porque Dios se ha hecho digno de crédito en la resurrección. Este **eschaton**, que es don de Dios y no construcción humana pero que asegurado en la resurrección de Jesús, jalona la tarea del hombre en la historia.

La resurrección hace del posible futuro: el reino de justicia, del amor, de fraternidad y de paz, algo necesario en el sentido de algo en que se puede confiar y que debemos aguardar. Por lo mismo entraña una llamada a la responsabilidad por constituir un futuro que Dios fiel nos garantiza como posible al resucitar a Jesús; porque con la resurrección de Jesús no ha ocurrido todo ya, falta que la contradicción contra Dios sea superada en la realidad futura. En el mensaje de Jesús, garantizado y comprendido por la fe en la resurrección, se nos promete un nuevo mundo de la vida universal, de la justicia y de la verdad; esta promesa lleva al cristiano a poner constantemente al mundo en cuestión y a invitar a este cuestionamiento a los demás hombres; no porque este mundo sea nada para el que espera sino porque todavía no es para él aquello que le ha sido ofrecido.

Es así como todos los logros humanos son puestos en crisis por el futuro prometido: la industrialización, la sociedad de consumo, la modernización, la era post-industrial, todos son provisionalizados, puestos en juego; contruidos por el entusiasmo que presta la esperanza, son relegados a la caducidad por la misma esperanza, que es siempre éxodo hacia el futuro prometido. Bajo la perspectiva de la resurrección nada desanima al cristiano en esta marcha. Está persuadido

de que al mundo hay que hacerlo mejor porque sabemos que será mejor. Paradójicamente el amor y la esperanza lo llevan a comprometerse con una tarea en la que sabe que todo acontecer y todo logro es pasajero, con la confianza en la fe de que también pasa aquello que según la impresión general existe siempre, es decir: la muerte, el mal y el pecado.

En un momento histórico en que las ciencias sociales, puestas en crisis por las proyecciones sobre el futuro del mundo, necesitan un asidero, un punto de apoyo, que dé confiabilidad a la lucha por el destino del hombre, cobra una relevancia enorme el mensaje de la resurrección. El cristianismo ofrece los fundamentos de un optimismo radicado en una dimensión diferente de la científica, en una dimensión fundamental, que arranca desde el corazón del sentido del hombre y de la humanidad y que por eso da pie para confiar y estimular desde sus cimientos toda la tarea humana. Desde un orden que trasciende el ámbito de lo meramente intelectual y se sitúa en el centro mismo de lo que en la vida es más importante, más significativo, más oneroso y más serio, desde el núcleo personal donde se asienta todo imperativo categórico, el cristianismo proclama en la fe de la resurrección que a pesar de todas las dificultades históricas es posible un mundo mejor, que en Jesús se le ha dado al hombre la posibilidad de obtenerlo y que es un deber correr hacia él comprometiéndose en ello todas sus capacidades.

Así se ofrece en la fe de la resurrección un motivo fundamental para amar a los demás hasta lo último, para mantener en la vida y en la muerte el optimismo, para creer en la empresa humana, en la ciencia, en la tecnología, en el perfeccionamiento de los sistemas sociales, en que el hombre puede siempre levantarse sobre el mal; para vivir la persuasión de que en este universo que nos ha abierto la ciencia y en esta Tierra que viaja vertiginosamente por el espacio, el puñado de seres conscientes y capaces de realizarse en el amor, que van pasando generación tras generación, no luchan en vano contra las fuerzas destructoras de la sociedad y del universo, ni es el final de sus vidas un precipitarse para siempre en el vacío de la muerte, sino que todos estamos embarcados en un negocio de largo plazo y de que a largo plazo todo saldrá bien.

CONCLUSION

Para concluir resumamos lo que hemos estado tratando de decir. Frente al mundo científico, que parece desesperar de la búsqueda investigativa y volver sus ojos a la fantasía del mito, hemos subrayado los valores y los peligros del mito; y hemos presentado un motivo para la búsqueda responsable de la verdad objetiva que transforma el mundo en la historia de un individuo, Jesús de Nazareth. Un motivo que, sin fundar una nueva ontología, invita a las ciencias por una parte a no abandonarse a la fantasía, y por otra a poner los ojos en las dimensiones centrales de la realidad (sentido del hombre, sentido de la sociedad, del amor y del dolor, de la Justicia y de la verdad) que la misma ciencia percibe hoy como incapaces de ser sometidas al método científico.

Frente a los científicos-sociales que parecen desesperar del futuro del mundo hemos presentado, en la fe de la resurrección, los fundamentos de un optimismo radical y de una responsabilidad ineludible de trabajar con alegría para construir el futuro.

El cristianismo nos invita a ser honestamente realistas. En la paradoja del lenguaje de su fábula, nos dice que el mito ha sido superado por una historia más humana, más seria que toda fantasía. Y esa historia, extrapolada al futuro como don definitivo del Padre, asegurado por la garantía de la resurrección, se convierte en el resorte de toda historia, en la llamada a superar todos los logros, en el fundamento del optimismo sobre el porvenir del hombre.

Quizás podamos ahora repetir con más sentido la tesis que enunciábamos arriba. El cristianismo no aporta ninguna solución pero nos permite una actitud frente a la historia que fecunda, purifica, acrisola y fortalece la tarea humana. (No pretendemos que sea la única actitud fecunda ni necesariamente la más fecunda de todas). Y a su vez el cristianismo no puede apropiarse los resultados que su actitud o su "vacío" hizo posibles, porque destruiría su paradójica fecundidad agónica.